

Manuel C. Díaz y Díaz (1924-2008),  
*in memoriam*

El 4 de febrero de 2008 murió en Santiago de Compostela el Prof. Manuel Cecilio Díaz y Díaz. Desaparece una figura excepcional y difícilmente repetible en el mundo del humanismo hispano que ha iluminado de forma notoria la parcela de la cultura de la Iglesia de España en las etapas visigoda y altomedieval.

Nació el 14 de agosto de 1924 en Mugaridos (La Coruña). Su vocación por la Filología Clásica le llevó a licenciarse en Madrid y alcanzar el doctorado, bajo la dirección de Pascual Galindo Romeo, con una tesis sobre Valerio del Bierzo. Catedrático de Enseñanza Media en Vigo, logró la cátedra universitaria en Valencia (1953-1956), se trasladó luego a Salamanca (1956-1968) y a Santiago de Compostela, donde fundó la Sección de Filología Clásica, siendo director del Departamento de Latín y Griego hasta su jubilación. Su prolongada tarea docente y sus dotes de maestro le permitieron formar un nutrido grupo de discípulos en España y en Portugal que ocupan cátedras y titularidades universitarias. Cuatro universidades –Lisboa, Salamanca, León y Coimbra– lo nombraron Doctor honoris causa.

Una nota distintiva de don Manuel es su capacidad de trabajo. Sus 350 títulos entre libros y artículos –sin contar colaboraciones menores en enciclopedias y exposiciones– nos dan idea clara de cómo supo aprovechar el tiempo, pues sale a una media de seis por año. Esta capacidad de trabajo queda magnificada cuando sabemos que desde joven tuvo una vista muy deficiente, mala compañera para andar leyendo inscripciones en pizarras o microfílm de códices. Los últimos años de su vida se auxiliaba no con gafas sino con unos galileos –unas lentes binoculares muy potentes– y cada dos horas de labor tenía que hacer un descanso –paseo y mirar al horizonte– para aliviar la fatiga. Su formación era excelente. Su dominio del latín clásico o medieval podemos calificarlo como despótico y hablaba todas las lenguas modernas importantes, lo que era raro en la generación a la que le tocó vivir en la posguerra española. Pero lo que más destacaba era la brillantez de su talento. Yo he tenido la fortuna de colaborar con Díaz en varios proyectos y trabajos: edición del *Corpus de Códices visigóticos* de A. Millares (1999), *Códices riojanos datados* (2002), proyecto de la editorial Brepols de edición de *Catálogo de los manuscritos en escritura visigótica*, o la organización de los congresos sobre los orígenes de las lenguas romances en el Reino de León (2003) o sobre monarquía y sociedad en el Reino de León (2006), dirigidos por J. M<sup>a</sup> Fernández Catón con el patrocinio de la Fundación Monteleón de Caja España, etc. y puedo afirmar que las opiniones y juicios del maestro fueron siempre determinantes de la direcciones que habíamos de tomar, incluso en temas algo más alejados de los suyos habituales, como era la edición de documentos. En lo referente a los códices visigóticos y el entorno cultural que conllevan sin duda que Díaz y Díaz era el mejor conocedor, pues tenía en la mente todos los datos sobre los 350 manuscritos que se han conservado.

Díaz y Díaz es un catedrático atípico de Latín. Aunque tiene alguna edición de Sallustio o Petronio, desde sus primeros pasos en la investigación se adentró en el mundo latino tardoantiguo y altomedieval, en la España visigoda y en el gran Reino de León. Hoy nos parece normal la existencia de especialistas en estos temas, pero cuando Díaz empezó a

caminar en ello lo normal era que los estudiosos siguiesen concentrando sus esfuerzos en la literatura latina clásica. El punto de partida fue su tesis doctoral sobre Valerio del Bierzo, que le dirigió Pascual Galindo Romeo, gran latino, y maestro también de otros ilustres discípulos como Ángel Canellas López y Tomás Marín Martínez. Aquel tema sobre Valerio mostró a don Manuel el vasto campo de investigación que ofrecía la España visigoda y altomedieval: sus grandes escritores, el mundo complejo del códice visigótico, los monasterios y sus scriptoria, etc., temas todos insertos en la historia de la Iglesia española.

Uno de sus trabajos tempranos y de altos vuelos fue el *Index scriptorum latinorum Medii Aevi Hispanorum* (1959), es decir, el elenco de nuestros autores medievales, obra que sigue siendo de obligada consulta, aunque la bibliografía y muchas precisiones se han incrementado con el paso del tiempo, no pocas gracias a posteriores monografías del maestro: *Vita* de san Fructuoso de Braga, distintas obras de Isidoro de Sevilla, san Agustín en España, mártires mozárabes de Córdoba, Beato de Liébana y su comentario al Apocalipsis, la *Passio* de san Pelayo, el culto a santa Leocadia, la biografía de san Rosendo por Ordoño de Celanova, etc.

Y si son muy abundantes los trabajos de esta temática, no le van a la zaga los que ha dedicado a los códices visigóticos: R.II.18 de El Escorial, 22 de Catedral de León o códice samuélico, Antifonario de León, Oracional visigótico de Verona, el beato de la Academia (RAH 33) o sus monografías sobre los scriptoria de Silos y de Valeránica o sobre los famosos copistas de Albelda llamados Vigilano y Sarracino, autores del espléndido Codex Albeldensis de El Escorial. Estos artículos o capítulos de libros desembocaron en obras de conjunto de un extraordinario valor. Me estoy refiriendo al clásico *Libros y librerías en la Rioja medieval* (1979) y *Códices visigóticos en la Monarquía leonesa* (1983), que fueron completados con una sugerente visión de los códices mozárabes, tema que abordó en sus *Manuscritos visigóticos del Sur de la Península* (1995).

Como buen gallego, los temas de su tierra le fueron atrayendo desde su incorporación a la cátedra de Santiago. Ha dedicado especial atención en los últimos años de la vida al Camino de Santiago y la peregrinación jacobea, al famoso Códice Calixtinus de la Catedral de Santiago y a las diócesis gallegas hasta el año 1100 (Santiago, Tuy-Vigo, Lugo, Mondoñedo, Orense) publicadas en los volúmenes 14 y 15 de la *Historia de las diócesis españolas*. Uno de sus últimos trabajos, pues es de 2008, lo ha dedicado al famoso códice diplomático conocido como Tumbo A de la Catedral de Santiago.

Aunque solo indirectamente relacionados con la historia de la Iglesia, no quiero dejar de mencionar dos campos en los que las contribuciones de Díaz y Díaz han permitido dar pasos de gigante. Uno de ellos es el de las pizarras visigodas con inscripciones literarias, oraciones, cartas, contabilidad, etc. Hoy pasan esas inscripciones del centenar y son un testimonio gráfico precioso de la España visigoda, de la que solo conservamos una treintena de manuscritos y cuatro fragmentos de documentos en pergamino. Díaz rompió con tabúes al afirmar –y trabajar en esa dirección en consecuencia– que aquellos textos estaban en latín y, por tanto, tenían que ser inteligibles. Este principio tan simple y evidente lo aplicó en una pizarra salmantina de asunto judicial con resultados sorprendentes frente a las anteriores ediciones, y con ello abrió una vía de investigación, bien aprovechada por su discípula Isabel Velázquez.

El otro tema que deseo mencionar es el referente a las famosas glosas hispánicas, las llamadas Emilianenses y Silenses, de tanta importancia por las connotaciones culturales, filológicas y hasta políticas y populares que arrastran. Escribió un libro titulado *Las primeras glosas hispánicas* (1978) y varias monografías sobre Silos y San Millán. Y fue el primero en afirmar que para él las glosas Emilianenses no eran del siglo X sino del XI avanzado.

El paso de los años no había afectado a la memoria ni al intelecto de Díaz y Díaz. Dos meses antes de su fallecimiento participó en Santiago, junto a gallegos, portugueses y castellano-leoneses, en una reunión de trabajo del grupo Codolga (Colecciones documentales en lengua gallega) y su intervención fue, como siempre, magnífica, aunque luego supimos que la hizo padeciendo grandes dolores físicos. La muerte le vino rodeado de sus hijos y nietos, pero hasta el día anterior estuvo dictando a su hijo Pimpo (José Manuel Díaz de Bustamante, Profesor Titular de Filología Latina) los textos de algunos compromisos editoriales pendientes, en especial un estudio de los fragmentos conservados de códices del Comentario al Apocalipsis de Beato de Liébana. Hasta el último momento... genio y figura.

José Manuel RUIZ ASENCIO

Dpto. de Antropología Social y  
Ciencias y Técnicas Historiográficas  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Valladolid  
<asencio@fyl.uva.es>

## Pedro Borges Morán (1929-2008), *in memoriam*

El 9 de abril de 2008 señala un punto de inflexión en la historiografía eclesiástica americana por la muerte de Pedro Borges Morán (Nuez de Aliste, Zamora, 1929), maestro irremplazable. Conocí a Pedro Borges en 1992 en Madrid, con ocasión de una de sus muchas conferencias sobre la Evangelización de América, celebrada en el Colegio Mayor Castilla. Por aquel entonces Borges contaba con cuarenta años de riquísima experiencia académica. Me atendió con su característica afabilidad y me animó a emprender los estudios de Doctorado en Historia de América en la Universidad Complutense. Nació entonces una corriente de simpatía que se transformó en amistad con el paso del tiempo, aunque siempre le llamé «Don Pedro». Me sentía atraído por su grata personalidad y por la solidez de sus escritos.

Respecto a ellos, si nos referimos a los artículos y obras «menores», éstas superan el centenar, aunque quizás lo más conocido sean sus ocho robustas monografías, algunas de ellas verdaderos clásicos en la historiografía americanista<sup>1</sup>. Su tarjeta de visita en el mundo

---

1. Para más datos sobre la obra historiográfica, cfr. Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ BARBA, *Pedro Borges Morán. Bio-bibliografía*, en «Mar Océana», 11-12 (2002), 13-27; Josep-Ignasi SARANYANA, *Pedro Borges, historiador de la Iglesia en Indias*, en «Mar Océana», 11-12 (2002), 163-173.